

cubiertos de agua, y habiendo entrado el torrente en las habitaciones, nadaban los muebles preciosos: habia perecido el ganado en los corrales, y huido por las ventanas los que pudieron salvarse; y algunos juntando el sueño con la muerte, hallaron el sepulcro en lechos blandos. El rio recibiendo de todas partes las caudalosas corrientes que el diluvio nocturno habia juntado, no cabiendo en sus márgenes, tenia convertidos en mar los campos, y el palacio parecia una isla puesta en medio.

LIBRO X.

El espíritu de las tinieblas inunda el palacio de la Princesa.—Se desespera Ibrahin con la pérdida de sus papeles.—La Princesa le convence de que Dios le ha hecho favor.—La misma Providencia remedia los daños.—El Conde busca á Polidoro.—Todas las pasiones acometen al Conde, y desesperado va á precipitarse.—Polidoro le saca del riesgo.—Llegan á casa, y el Conde reflexiona sobre el peligro.—Polidoro declama contra la tristeza.—Dispone la Princesa unas arias en música, que contienen la doctrina de Miseno.—Disputase la doctrina de las arias.—Tienen consejo las furias infernales para impedir la doctrina.—La pusilanidad va á tentar á Miseno, núm. 19.—Báñale la luz del cielo, y le infunde fortaleza, núm. 20.—Triunfa, y se anima á padecer trabajos, ibid.

1 En este estado halló Ibrahin el palacio cuando allí llegó acompañado de las aguas, ya algun tanto recobrado con los socorros que solícitas le habian procurado en el camino. Ve, y se pasma en las ruinas. Los lamentos de las criadas hacian bella consonancia con su ánimo desesperado, y de todo era la causa, decia Ibrahin, aquel hombre loco, por cuyo motivo han acontecido tantas infelicidades.

2 Cuando la Princesa venia ya cerca de su casa se vió acometida de todas las criadas á un tiempo, las que despavoridas y con las manos en la cabeza le anunciaban á gritos la novedad mas funesta. Unas á otras se impiden mutuamente, queriendo cada cual con ridiculo empeño ser la primera en dar la noticia del fatal suceso. Asústanse el hermano y los hijos. Todo es alaridos, confusion y lamentos, y fatigándose la Princesa en preguntar qué habia de nuevo, solo oia la confusa respuesta de que todo estaba perdido. Llegó en fin á ver con sus ojos el estrago. Acudió luego Ibrahin con sus importunos discursos, laméntase de la pérdida de sus libros y manus-

critos, fatiga de tantos años, fruto de muchos estudios, y parto de su ingenio; y sin moderar el natural sentimiento, se queja de su infelicísima desgracia, diciendo que Dios le habia hecho nacer para ludibrio de la fortuna, irrisión de los hados, y blanco de todos los infortunios. Que mas valia no haberle dado la vida, si en ella habia de ser tan perseguido: que todo el universo se habia conjurado contra él, y que los cielos con colera, los elementos en desorden, y los abismos llenos de furor se habian empeñado en perderle. Acompañaba el semblante á todos los movimientos de su desesperado corazon, y la furia estaba pintada en su fisonomía. Parecia que se le saltaban los ojos: volvíase en un instante hácia las cuatro partes del mundo: no podia acabar un periodo sin interrumpirle con otro, y sus palabras mas frecuentes eran, *soy desgraciado*: pudieron mas los hados que la justicia, nada valen para con la Providencia los méritos. En el curso ciego de la naturaleza está envuelto el sábio con los brutos, y los que consultan las estrellas con los que cavavan la tierra: entre tantos descansa en su bienaventuranza al son de nuestras quejas, lleno de gloria infinita, mas sin que se la perturban los que acá padecen.

3 Tan impiamente hablaba Ibrahin desatinado y blasfemo, sin que la razon pusiese freno á su lengua. Aquí le contuvo la Princesa, diciéndole con aire de señora é ironía capaz de ser reprehension y castigo: Por cierto, Ibrahin, que el Gobernador supremo de los cielos y tierra ha sido para con vos injusto, pues sabiendo que teniais en vuestro gabinete tan preciosos manuscritos, debió forzar las leyes de la naturaleza para que todos los elementos les tuviesen respeto. Hizo muy mal en salvar la vida al autor, cuando perecer sus obras, y tal vez hubiera obrado mejor si hubiese trocado las suertes para conservar tales preciosidades. Abrid ahora los ojos. ¡Os quejábais de Miseno! Pues á él le debeis la vida; si vuestra curiosidad no os hubiese hecho salir de casa, y las lluvias no os hubieran cortado el paso á la retirada, os hubierais hallado esta mañana en vuestro lecho muy descansado, cuando entraron repentinamente las aguas en palacio y cubrieron vuestra cámara, ahogando á los que estaban en las mismas circunstancias en que vos ciertamente hubierais estado. ¡Y no veis, Ibrahin, que la muerte disparando sus envenenadas flechas, las habia apuntado contra vuestra cabeza, y que la Providencia, apartándoos de vuestro lecho que era el blanco de la puntería, que hizo solamente en él, emplease los tiros que se dirigian á la persona! ¡Por cierto, pues, que teneis mucho de que quejaros! Si

vuestro profeta Mahoma tiene tan indignas ideas de la Providencia, como se dejan ver por vuestras quejas, mas acertado y respetuoso es el concepto que nuestra Religion nos persuade del Ser supremo. ¿Cuánto mas razonable es el discurso que nosotros hacemos, teniendo por beneficio especial de la Providencia el que quiera velar de tal modo sobre nuestro bien, que cuando tal vez nuestro corazón está sordamente murmurando de ella, la misma Providencia entonces nos está salvando la vida? ¿Quién os diría, hijos míos, esta madrugada, cuando vuestros miembros frios y mojados extrañaban la dureza de la cama, quién os diría que entonces estábamos recibiendo de la mano bienhechora del Omnipotente una vida nueva? Por cuanto la primera, si no hubiera sido por este amoroso lance de su Providencia, ya estuviera en este momento acabada. Porque si en vuestras camas hubiérais estado durmiendo, en ellas muriérais sin falta, si la mano de Dios benévola no nos hubiera llevado á dormir á la cabaña.

4 El aire de desagrado con que la Princesa respondió á Ibrahim le dejó confuso y mudo. Viendo ella en las que poco desaguaba el rio, mandó que en los cuartos altos é intactos se preparase habitacion para todos, y cuarto decente para Ibrahim; y mientras Sofia se ocupaba en ir á consolar á los afligidos, á remediar los daños, y providenciar para lo futuro, el Conde, para dejarla mas libre, se fué á buscar á Polidoro que no estaba muy distante.

5 Aquí fue donde todas las pasiones que habian dominado al Conde le estaban esperando para asaltarle cuando estuviese solo y sin esperanza de socorro. La *tristeza*, que habia residido muchos años en su corazón, ahora ansiosa por la presa que se le iba escapando, le embistió furiosamente, y con su hija la *desesperacion*, acompañada del espíritu del *error*, le fué á ofuscar el entendimiento. Pierde el Conde el tino, y se halla embreñado en un espeso bosque; anda y desanda, y todos los *espectros* * mas espantosos se ofrecen á su imaginacion confusa y enferma. La negra *melancolia* derrama una amarguísima hiel en su corazón herido, la luz de la razon se retira, la *impaciencia* le inquieta, la *deseconfianza* le desanima. ¿Qué ha de ser de mí? decía él en una angustia desesperada. Ya corría á un lado, y una horrible cueva le intimidaba; ya se volvía al opuesto, y la *deseconfianza* le hace creer que va perdido, cuando tal vez estaba cerca del camino real. Clama en medio del bosque, y le engañan sus ecos pensando que le hablan; y cuanto mas se fatiga por llegar al lugar de donde vienen las voces, tanto mas le faltan (que no responde el eco á quien le habla de cerca). Desfallece, y se deja caer en tierra en

la mas profunda hipocondria. En esta disposicion el espíritu del *error*, aprovechando ocasion tan oportuna, hablándole á lo interior del alma, le dice: ¿Ves como no hay fuerzas que puedan resistir á los hados? Naciste infeliz, é infeliz has de acabar á pesar de tu filosofia. Que vengan los discursos de Misisno á sacarte de las uñas de la *desgracia* que te tiene enredado en este laberinto de que no puedes desembarazarte. La *suerte* se venga de ti, porque las estrellas le dieron el derecho sobre tu vida; y cuanto mas quisieras eludirla, tanto mayor será la furia con que te ha de perseguir. Escapaste de la muerte en el naufragio doméstico; ahora naufragarás en medio de estos árboles. ¡Desgraciado Conde! Ves ahí la loca confianza de ese hombre que tantas vueltas al rededor ha hecho dar á tu cabeza, para que te imagines feliz en el centro mismo de la mayor infelicidad. Los tiempos están cumplidos, tus dias se acabaron, y si tu muerte ha de ser cruel á discrecion de las fieras, mas vale que sea suave en la heróica resolucion de un brazo valeroso que siempre debe mostrar que no la teme. Sabe que toda vida por fuerza ha de ser triste; y así acaba pronto tus dias, para que tus tormentos se acaben. Tu noble corazón no debe perecer como un vil animal haria, cediendo á la voracidad de las fieras: triunfa, pues, de la desgracia antes que ella triunfe de tí, y da generosamente lo que te quieren arrancar con tiranía. Dígase que el Conde de Moravia despreció heróicamente la vida, porque las grandes almas la desprecian, no queriendo ser el ludibrio de los hados; y ya que la suprema Providencia hace injuria á tu nacimiento envolviéndote en las desgracias comunes, hazte justicia á tí mismo, saliéndote gloriosamente del teatro en que ella te ha hecho representar un papel tan indigno. Ando, y precipítate de la cumbre de aquella peña, porque un simple querer te basta, y no puedes temer que tu brazo flaquee en medio del golpe. Una vez arrojado, inútil es todo arrepentimiento: arrepentimiento que de nada te servirá, sino de ponerte en precision de reiterar la resolucion, y multiplicar las angustias.

6 Ya la *muerte*, oyendo estos funestos consejos, salia de los infernales abismos á recibir la presa que se les destinaba, y la *desesperacion* con el *furor* se daban toda prisa para completar el sacrificio que les consagraban. Entra, pues, el *furor* á dar garrotes á aquella alma, clava en ella sus sangrientas garras, y el Conde adelanta el paso con ímpetu desesperado. Sus ojos confunden la luz del cielo con las sombras infernales, no sabe dónde pone los piés, ni hácia dónde se dirigen sus pisadas: ved aquí que cuando iba ya á ejecutar el

desgraciado intento, llega Polidoro, á quien la fama habia contado los peligros de la Princesa y de su familia: venia pensativo y á galope atravesando el bosque: ve de repente al Conde. Párase: mas su figura mudada y la novedad de la situacion le hacen dudar de lo mismo que ve. Un aire furioso, un semblante melancólico, el color cetrino, los ojos denegridos, el paso ya lento, ya furibundo, hacian sospechar á Polidoro que el Conde habia enloquecido; observa que se iba encaminando á lo alto de una roca descarnada, que estaba pendiente sobre los abismos. Y sin demora soltando la rienda, y picando al brioso bruto, corre como si volase sobre las alas de los vientos, y se arroja delante de él para impedirle el precipicio. Abrázale dándole el parabien de verle con vida, cuando le lamentaba ahogado con toda su familia. Entonces el Conde como si volviese de un frenesí, ó como despertando de un profundo sueño, reconoce á su amigo; y turbulento con voz trémula y un aire tétrico corresponde friamente á las excesivas demostraciones de gozo que en Polidoro hallaba, y ambos se dirigen hácia la Princesa en busca de la Princesa. Iba el Conde avergonzado, y Polidoro confuso. El uno rebozando gozo, y el otro medio muerto de tristeza.

7 Apenas llegan á la casa, se deja ver la Princesa, y no hallan suficientes expresiones para decir cada uno lo que quisiera explicar. Por los discursos de Polidoro y las relaciones de Sofia fué el Conde conociendo poco á poco el peligro de ahogarse, de que se habia librado la noche antecedente, y como que se encuentra de nuevo la vida de tanta mas preciosidad cuanto le habia sido concedida por gracia especial de la mano suprema. Acuérdate tambien del riesgo en que en el bosque se vió, y no acaba de admirar bastantemente la gran providencia con que Dios le habia preservado de su perdicion. Y en esta ocasion, decia él ya mas alegre y dilatado, si tantas veces me concede el cielo la vida cuantas me liberta de la muerte, hoy debo contar tres vidas, viéndome libre ó de fenecer ahogado en mi lecho, ó despedazado por las fieras en el bosque, ó precipitado por mi negra y furiosa melancolía en los abismos. Pasmado estoy de ver cuán poco tiempo basta para caer un hombre en el último desatino, si se deja llevar de la tristeza. Salí de casa contento dando gracias al cielo de no haber perecido en la inundacion, y poco despues me ví tan perdido de melancolía, que si vos, Polidoro, no me hubierais encontrado casualmente, en un momento estaba despedazado.

8 Cuando el corazon va á caer, dice Polidoro, no conviene alargarle la rienda; porque si una vez llega á postrarse, todo se descom-

pone y desconcierta. El peso de los males le oprime, los movimientos le hieren, una nada lo estorba, á sí mismo se ofende; dá vueltas y revueltas, gime, suspira, se le ofusca la vista, y nada puede ver; por lo que cayendo de un precipicio en otro, de un abismo en otro abismo, se despeña y queda despedazado. Mas todos estos males se remedian fácilmente teniendo con cuidado la rienda en la mano, cuando el ánimo comienza á tropezar en la tristeza. Libraos, amigo, de esta maldita pasion¹. La prudente señora, oyendo el peligro en que habia estado el Conde, afligióse sumamente, y conociendo que la enfermedad aun no estaba curada, discurre é imagina varios medios y modos para favorecer su curacion, y despues de bien pesados, vió que convenia absolutamente buscar alguno para conservar impresas en la memoria las doctrinas de Miseno. Era la medicina en sí un poco ingrata al corazon triste; empero procuró con tino y sagacidad endulzar el remedio, para que atraído el Conde de la suavidad, continuase en usarlo saludablemente. Á este intento, pues, previno un concierto de música para por la noche, con la idea de recrear con su melodía los ánimos afligidos de las incomodidades pasadas, y darles al mismo tiempo en esta recreacion al Conde y sus hijos un remedio preservativo de los males que atacaban al uno, y podian acometer á los otros.

9 Toda la tarde los entretuvo con el juego, queriendo con esta distraccion inocente desterrar de sus corazones toda la perturbacion que podia impedir el efecto del remedio que les preparaba. Y al modo que la hermosa luna en ausencias del sol preside la tierra, y sin apartar de él los ojos, toda la luz que recibe de este brillante astro la envia fielmente al mundo para ilustrarlo de su luz; así hacia la Princesa en ausencia de Miseno. Toda la luz y doctrina que de Miseno habia recibido, quiere, como si fuese luz propia, comunicarla de nuevo á su hermano y á sus hijos en ciertas arias de música, para que les quede impreso en la memoria un epilogo de la doctrina que de este hombre verdaderamente admirable habia recibido.

10 Ya llegó la noche, y teniéndolo la Princesa dispuesto todo con arte, mandó tocar varios conciertos, y despues dijo á *Eukalia*, su aya querida, que cantase; lo que ejecutó con voz admirable y gran destreza, diciendo del modo siguiente:

ARIA I.

Cuando el sol en el golfo resplandece,
Cualquiera ola un vivo sol ofrece;

¹ La tristeza mata á muchos, y no causa provecho alguno. (*Eccli. xxx, 22*).

EL HOMBRE FELIZ.

Así en nosotros Dios se ostenta fino,
 Haciéndonos su retrato peregrino.
 Ve en su obra copiada su hermosura,
 Que logrará abundante la ventura,
 Si la guía la diestra soberana;
 Y el que dió perfeccion y la alegría
 Al cuerpo y á los brutos,
 Negarla no podía
 Á aquella propia obra, en que veía
 Reducir sus divinos atributos¹.

Ninguno esperaba esta graciosa travesura de la Princesa para estampar en el espíritu de la asamblea con caracteres indelebles la máxima de Miseno: De que *nos es posible en la vida alegría verdadera*. Conocía muy bien esta señora el poder particular que tienen la poesía y música juntas para encantar al alma, y que este era el modo mas suave y eficaz de introducir hasta en lo íntimo del corazón tan saludable remedio. Y correspondiendo á sus designios el efecto, fue general la novedad que se notó en todo el ingreso. El Conde estaba alegre, Polidoro suspenso, é Ibrahim penetrado de la fuerza de las sentencias; mas detenido á fuerza de su preocupacion, manifestaba en sus movimientos inquietos tener su alma confusa, viéndose perplejo entre un *sí* y un *no*, sin saber á qué determinarse. Todo se lo adivinaba Sofía por el semblante, y cual cazadora diligente que viendo á la corza herida con la primera saeta, y antes que recobrada de ella se escape y se embreñe en la espesura del bosque, saca otra de la aljaba, la sacude, encorva el arco y la dispara zumbando por los aires; así hizo la prudente señora. Mandó que *Zarina*, otra aya suya, cantase y demora el papel que le pertenecía, lo que ella ejecutó ingeniosa, supliendo con el gusto de la música, y con la expresión viva y animada, todo lo que le faltaba en la voz; y así concillió los agrados de la asamblea, diciendo:

ARIA II.

Dios una alma nos dió tan deseosa
 De buscar su contento, que suspira
 Por la dulce alegría; y si Dios viera
 Que esta vida no puede ser dichosa,
 ¿Cómo fuera creíble,
 Que queriendo afligirnos, nos hiciere
 Aspirar con tal ansia á un imposible?
 Y que tambien quisiese,

¹ Lib. I, núm. 40-43.

No mas que por su gusto ¡cosa rara!
 Darnos sed, retirando el agua clara¹.

Pidió Polidoro que se repitiese esta aria con empeño tan eficaz, que acabado el retorneo, obedeció *Zarina* excediéndose á sí propia, animada de nuevo con el gusto que veía en los asistentes; y sin embargo de ser la letra la misma, fue nuevo el golpe que dió en los ánimos de los que la oían, como cuando se arranca el puñal de la herida para clavarle mejor. Pidió el papel Polidoro, le leyó, le meditó, y quiso oír el parecer de Ibrahim, quien no estando preparado para aquel género de disputa, ó sincera ó solo políticamente, todo lo aprobó. Respiraba el Conde viendo ya al antagonista de Miseno rendido á sus doctrinas; y antes que pasase adelante el divertimento, les preguntó la Princesa si las máximas ya expuestas eran de su aprobacion; todos con urbanidad las celebraron, y ella continuó diciendo:

11 Siendo, pues, cierto que es posible la alegría verdadera en esta vida, y que desesperar conseguirla es fruto de la ignorancia ó de la pereza; conviene averiguar por dónde se puede alcanzar para que no trabajemos en vano. *Lukalia* nos va á decir sobre este punto una verdad importante: oidla; en esto comenzaron el retorneo los músicos, y ella cantó de este modo:

ARIA III.

Si una suerte feliz me es destinada,
 El mundo aunque mas quiera,
 Y emplee contra mí su fuerza entera,
 Nada hará, porque en mí no puede nada.
 De esta grande carroza
 Toma la rienda el Todopoderoso;
 ¿Y quién hay tan brioso,
 Que á su valor exceda?
 ¿Quién que su fuerte brazo torcer pueda,
 Cuando irritado todo lo destroza?
 ¿Podré temer acaso,
 Que á la instable fortuna el hado loco,
 Por no querer, mi Dios, dar algun paso,
 Le deje este cuidado, que no es poco,
 Y que los bienes y felicidades
 Nos vengan de quiméricas deidades²?

El palmoteo de los concurrentes dió un general testimonio de la aprobacion de todos. Ibrahim estaba absorto en la meditacion de es-

¹ Lib. I, núm. 34 y 35.

² Lib. III, núm. 39.

tas verdades, y él era el blanco de los ojos de todos, como el mas duro y difícil en rendirse á las máximas de Miseno. La Princesa entonces acordándose de lo que habia oido á este maestro, amplificó con toda energía el mismo argumento, mientras descansaban los músicos.

12 El Conde reproducía las mismas dificultades que habia propuesto á Miseno, y su hermana declaraba las respuestas; mas Ibrahin mudo, atento y circunspeto dejaba con su profundo silencio todo el lugar á la reflexion de Polidoro y á la conviccion de su juicio, que no estaba preocupado; y en fin y por remate confesó Polidoro ser verdad infalible, que ni las criaturas sin nuestra cooperacion, ni tampoco los hados podian impedir nuestra felicidad. Esto supuesto, siguiendo *Zarina* su turno, dijo con igual gracia, y aun con mayor desembarazo que la primera vez, la siguiente aria:

ARIA IV.

Si yo, como es razon, el supremo
Me dejo conducir, ¿qué es lo que temo?
Al estado feliz voy caminando,
Su bondad natural siempre gozando;
Si queriendo padezca, el mal me envia,
Cuanto ejecuta, para dicha es mia:
De otro modo un Señor cruel seria
Cuando á su gusto obrase,
De infiel se preciaría;
Pues de mis rendimientos abusando,
Iba su bien al mio anticipando:
Mas pobre lo juzgara,
Que ser mas feliz necesitase
Que del bien que apetezco me privase¹.

Habia oido el Conde de boca de Miseno estas máximas mismas. Mas, ó fuese que la melodía de la música hubiese ablandado su corazon para que en él se imprimieran con mas facilidad, ó que la armonía que todas juntas mutuamente tenian hiciese á este sistema mas encantador; lo cierto es, que él se hallaba mas poderosamente convencido.

13 En esta ocasion Ibrahin, rompiendo el profundo silencio en que habia estado, confesó claramente que era de suma evidencia la máxima que acababan de cantar; la Princesa, reuniendo todo lo que se habia concedido, resumia y declaraba que, si ni los hados, ni las criaturas, ni Dios por sí solo podian privarnos de la suerte feliz, á

¹ Lib. IV, núm. 14 y 13.

que el corazon humano aspira, solo de nosotros, supuesto el auxilio celestial, dependia nuestra suerte¹; y que así solamente de sí propios, y no de la Providencia, se debian quejar los infelices. Aquí Polidoro repugnaba y contradecía; y era gusto ver á la sábia Sofia manejar con suma graciosidad y destreza las arias que se habian cantado, de forma que por cualquier parte que Polidoro intentaba escaparse, se hallaba cogido en el lazo que le tenia la Princesa diestramente armado. Polidoro oponia los continuos trabajos en que se hallan envueltos los mortales, rodando de unos en otros hasta precipitarse en la sepultura; y la Princesa, bien instruida de Miseno, le respondia que no era lo mismo *trabajos* que *infelidades*: que aquellos son *remedio*, y estas *enfermedad*, y que la enfermedad y remedio se diferencian en mucho aunque astringan ambos, mas que una cosa era tanto mas preciosa (aunque debajo de apariencia triste) cuanto la salud nos era gustosa y estimable; y pidiendo licencia para terminar el concierto con las dos arias que á ella le tocaban, prometió á Polidoro desvanecer el horror que tenia á los trabajos, y cantó de esta manera:

ARIA V.

Todo mal su bien tiene conveniente
Quien rige á los humanos,
No lo sufre sin ver que es conducente
Para sus rectos fines soberanos.
¿Acaso tú tendrás mejor juicio,
Cuando el mal con el bien has cotejado?
¿Ó tendrás corazon mas delicado,
Que no sufra el mas leve perjuicio?
El objeto mas vil, mas horroroso
Á su bien te conduce;
Porque en él se trasluce
Cierta aspecto que le hace muy hermoso:
Luego yo buscar debo
El rostro para mí mas apreciable,
Si la alegría apruebo,
Huyendo del que fuere abominable².

Bien se vió en los movimientos de Ibrahin que se le ofrecia mucho que decir sobre las sentencias de esta aria; pero el respeto le contenia. Lo notó la Princesa; y respondiéndole con los ojos llenos de urbanidad y agrado, le dió á entender que en cesar la música le

¹ La suerte infeliz viene del hombre: el auxilio celestial de solo Dios. *Perditio tua Israël: tantummodo in me auxilium tuum.* (Osee, XIII, 9).

² Lib. VII, núm. 11.

satisfaria. Polidoro, ó fuese ingénuo convencimiento de su mente, ó política artificiosa, dijo que no se podia resistir al argumento que Sofia acababa de proponer; y cual enamorado lisonjero, que sintiéndose por casualidad herido en la caza de su prenda adorada, besa mil veces la saeta con que le hirió; así Polidoro dando mil vueltas á las palabras del aria cantada por la Princesa, hallándole cada vez nueva fuerza en su estimacion atenta, confesó gloriosamente que lo habia del todo penetrado.

14 Sabia Sofia despreciar con arte y agrado cuanto tenia señales de adulacion, queriendo solo el convencimiento sério del juicio; y remató con la última máxima de los beneficios negativos, exponiéndola en estos términos:

ARIA VI.

La santa mano miro repartiendo
El bien y el mal á toda criatura,
Y que juiciosa va distribuyendo,
Cuando el trabajo con el mal mistura.
Oigo quejas, gemidos y lamentos;
La vista tiendo, y en otros compadezco
Mil angustias, mil penas y tormentos
Que yo sufrir podia, y no padezco.
Así contemplo que este mal penoso,
De que mi Dios clemente me ha librado,
Acto de su bondad es generoso
El que yo logro, y á otras ha negado;
Á contar me apresuro
Los motivos que tengo de alegría,
Y los que conjeturo
Pasan otros de llanto cada día¹.

Todos pidieron la repetición de esta última aria, y la Princesa juntó á la melodía del estilo un nuevo espíritu, nueva alma, nueva gracia, segun la inteligencia de los pensamientos, y la energía de las palabras de su composición; y como águila valiente que arrebatando la presa, y levantándola en el aire es señora de llevarla donde quiere, sin que se le pueda resistir; á este modo la Princesa, arrebatando los ánimos y dejándolos como transportados con la suavidad del canto, persuadía sin resistencia las mas importantes máximas.

15 Siguióse un bellissimo concierto de instrumentos por remate de la diversion; y la Princesa con el Conde y Polidoro quisieron oír

¹ Lib. IX, núm. 13.

de boca de Ibrahin sus dificultades; mas ó fuese cortesanía, ó flaqueza del adversario, no se atrevió á combatir con tales competidores: solamente dijo que pedian reflexion madura máximas de tanto peso, y que despues de meditarlas atentamente diria su parecer sin parcialidad ni lisonja. Entre tanto Polidoro recogió todos los papeles que se habian cantado, queriendo copiar las letras.

16 En ese mismo dia las furias infernales se habian juntado tumultuariamente en las cavernas subterráneas. El espíritu del error llegó despues desanimado, no habiendo salido bien de la empresa que habia tomado á su cargo. La *verdad* habia triunfado de él, y se lamentaba de que esta divinidad, su perpétua enemiga, hiciese cada dia nuevas conquistas; que ya la Princesa, Polidoro, el Conde y los inocentes sobrinos estaban rendidos; que seria en vano esperar de ellos alguna victoria, pues que las máximas de la verdad estaban en sus almas profundamente arraigadas; que por último esfuerzo habia llamado en su auxilio á la *tristeza*; á la *tristeza*, la mas violenta pasión que se conoce en todos los dominios infernales, la cual con la *desesperacion* su hija, cuando estaban ya á punto de conseguir la mas completa victoria, el *destino* les habia arrebatado la presa de las manos, como todo lo podian testificar esas dos furias. Á este tiempo la *desesperacion*, saliendo rabiosamente de la profundidad de una cueva oscura, en donde se habia escondido avergonzada, se presentó en el conciliábulo, dando tales alaridos, que se estremecieron las montañas, y pararon de repente las negras aguas de *Cocito* *. Ya se arroja en el suelo, ya se levanta desconcertada, mordiéndose con sus feroces dientes, y arrancándose las serpientes de la cabeza, que eran sus mismos cabellos. Apenas formaba período, sin cumplirle con sollozos. Las palabras le salian de la boca envueltas en bramidos, que asustaban aun á las demás pasiones menos fieras; y en fin les hace relacion del precipicio, á que ella, junta con el error, tuvieron reducido al Conde; pero que otro mayor poder habia dirigido de manera los sucesos, que todos sus esfuerzos habian quedado inútiles.

17 Oyen esto las furias congregadas, y al modo de una ardiente bomba, que volando por los aires revienta en medio de la plaza de armas, y despide al rededor de sí mil astilleros, como otros tantos rayos; así salen de los abismos subterráneos mil furias, destinadas todas á impedir, sea como fuere, los intentos de Miseno. Parte la *politica* á Polonia, la *ambicion* á Moravia y familia del Conde: el *amor* de la belleza va á varias partes: la *soberbia* al corazon de Ibrahin: la *condescendencia* al de la Princesa: la *adulacion* al de Polidoro: la

pusilanidad y la *tristeza* al de Miseno; y la *desesperacion*, la *inconstancia* y la *falsa alegría* al del Conde, y todas se dan las manos para impedir que se sigan los dictámenes de la filosofía verdadera.

18 Bien descuidado se hallaba Miseno en el retiro de su choza, reposando por la noche de la fatiga del trabajo, cuando se vió sorprendido de la *pusilanidad*. Sentía en sí un gran temor, mas sin saber qué temía. Mirábase agitado de mil ideas confusas; pero tan mezcladas, que no podía discernirlas. En esta turbacion nocturna oye una voz, que interiormente le anunciaba que se le preparaban largos trabajos, si no desistia de la empresa de comunicar á los otros las máximas de su filosofía, y destruir por este medio el reino de las pasiones y de los vicios. Ya cuando tú eras pastor, le decia secretamente el espíritu de la *pusilanidad*: cuando pastor, ya te perdió tu filosofía, y aun ahora gozarias de las suavísimas delicias de aquella inocente paz, si solo para tí hubieras guardado tus consejos. La fama te descubrió á Alejo, y bien sabes cuántas adversidades te se han seguido. Trata, pues, de ser prudente, que los años y los trabajos lo piden; y pues la Providencia te condujo á una vida escondida, retírate de caballeros, retírate de filósofos, retírate de príncipes, pues todos van á publicar por el mundo que aquí vives, y no dejarán de inquietarte, ya por las nuevas revoluciones de Polonia, ya por otros mil escondidos sucesos que te se ocultan en el dilatado campo de lo futuro. ¿Qué fruto puedes esperar de un mancebo que jamás buscó sino las diversiones, y nunca se aplicó á conocer la verdad? Si la prudencia y cariño de su hermana, princesa de tanto juro, no le ha podido reducir, ¿qué harás tú, pobre viejo, rígido, rústico, rústico? Y cuando te lleve el deseo de hacer bien, ya les tienes dados bastantes dictámenes. Los demás resérvalos para tí, ó para quien los sepa estimar mejor y ponerlos en práctica. Que discurren sobre los que les habeis dado, que los sigan fielmente y serán felices; y si no los abrazaren, que de sí mismos se quejen. Además, que tú ya conoces cómo tratan los grandes á los que están en baja fortuna: no los miran sino como á meros instrumentos de su voluntad: tráenlos en palmas mientras les sirven, y en no necesitar de ellos, los despiden. De aquí á dos días serás tú el desprecio de su mal humor, la fábula de sus discursos y la risa de sus amigos. ¡Tú no acabas de conocer que solo buscan su interés! Mira como han faltado á la promesa de venir hoy á visitarte, y que el menor entretenimiento los distrae. Atiende, pues, á tu sosiego, y ya que el cielo no te ha puesto para presidir á los otros, vive solo

para tí; y cuando no busques las criaturas para tu bien, no las consientas para tu mal.

19 Así hablaba interiormente á Miseno el espíritu de la *pusilanidad*; mas reparó este héroe que el entendimiento lo tenia ofuscado, que el corazon inquieto le palpitaba con fuerza extraordinaria, y que su ánimo habia perdido el ser como hasta allí el asiento de la paz. Entonces cerrando de golpe la puerta á todo discurso, reservó para otro tiempo el exámen de la causa, y recurrió al cielo, de donde le venia siempre la luz y la fortaleza.

20 Vino en fin la siguiente aurora, y á medida que la esfera se iba bañando de la luz matutinal, su alma se sentia mas esparcida. Salió á su trabajo, y cantando segun su costumbre, bendecia con los astros del dia al Autor que los crió. Estaba mas hermosa que nunca la estrella de la mañana; y toda la naturaleza recibiendo sus benignos influjos, parece que saltaba de alegría, cuando de pronto se vuelve á mirar al cielo, siente que un rayo de luz celestial ilustra su mente, y le corrobora el corazon. ¿Pregunta á sí propio: Miseno, Miseno, y ¿qué es lo que ayer tanto te afligia y perturbaba? ¿Qué corazon tienes tan pequeño! ¿Qué lejos estás de la verdadera heroicidad, pues aun temes de ese modo los trabajos! ¿Acaso tu corazon, fiel adivino, te pronostica muchas calamidades, mil tribulaciones y otros disgustos por causa de esos caballeros, á quienes haces beneficios tan continuados? Sea enhorabuena así. Pero ¿y qué importa que todo eso te suceda? Tú hasta aquí no obraste mal: no lo hagas, pues, desde aquí en adelante, y serás verdaderamente dichoso. Un mortal nada puede hacer mejor que imitar al Ser supremo, que tu alma es en cierto modo una porcion de la Divinidad, que te sigue; ahora, si Dios no hiciese bien sino á los agradecidos, pocas veces abriria sus tesoros. Da, pues, de gracia, y no vendas el bien que quieres hacer. No mires jamás á la recompensa, cualquiera que ella sea, ó de injurias ó de agradecimiento: haz el bien solo porque es bien: obra segun te dicte la razon, y deja que hagan los demás lo que quisieren. Por cierto que los delitos ajenos, ni sus alevosías é ingratitudes no te harán menos agradable al Ser supremo, de cuya benévola liberalidad pende únicamente todo tu bien. Así, si te piden consejo para obrar con rectitud, no rehuses darle: si te preguntan el camino de la verdadera felicidad, enséñale. Repara que es tu hermano quien te pregunta, y que desagradarias á quien te gobierna si callaras. ¿Quieres escasear la luz á quien pelagra en las tinieblas?

¹ Platon la llamó *estirpe divina*, in *Tim.*

¿La luz, que es el único bien que se reparte, sin que jamás se disminuya? ¿Quieres encerrar dentro de tí los rayos del sol? ¿Poner en cadenas los brillos de la razón? ¿Los resplandores de la razón, que son los rayos de la Divinidad? Ah, y qué vil pusilanimidad es tu tentadora! ¡Temes los trabajos! ¿Y ahora te viene este recelo, después de haber triunfado de tantos? ¡Temes los trabajos! Y ¿por qué precio has de comprar la importante ciencia de lo que te resta saber? ¿No han sido ellos los mejores maestros de tu filosofía? Pues ¡qué ruin pensamiento no será temer las aflicciones de esa manera, como haría cualquier hombre de la plebe, sin experiencia, sin luz, sin valor! ¿No te acuerdas que eres príncipe? ¿que tienes la sangre de tantos héroes que no supieron temer? ¿que fuiste rey, y que tu filosofía te hizo despreciar la corona y el cetro? Y quien tuvo valor para burlarse de aquellos contratiempos, ¿teme ahora á esas aéreas fantasmas que la pusilanimidad te forma de los trabajos futuros? Que vengan: obre Miseno como debe obrar, y Miseno será siempre feliz.

21 Así hablaba consigo; y cantando proseguía en su rústico trabajo: cuando hé aquí que la *tristeza*, viendo que la *pusilanimidad* totalmente desconfiada había abandonado la conquista del corazón del héroe, toma ella á su cargo la empresa, y le prepara un nuevo y mas peligroso asalto. Y bien así como cuando el mar está sereno, y es del cielo un espejo cristalino, acontece muchas veces que una negra y tenebrosa nube saliendo debajo de los horizontes, y volando sobre las alas de los vientos, viene de repente á descargar sobre él un turbión formidable. En un momento las aguas puras y claras se hallan negras y pesadas, las piedras se equivocan con las ondas, la vida con la muerte, y los bismos se confunden con las estrellas: no de otro modo la *tristeza*, que en otro tiempo había dominado en el corazón de Miseno, quiere ahora probar nueva lucha, para despigar-se del mal suceso que tuvo en la empresa del Conde. Observa cuando el héroe estaba mas alegre y ocupado en su trabajo, después de haber triunfado de la *pusilanimidad*, que lo había inquietado tanto, y de repente se deja caer de peso sobre su corazón. No es mas ejecutivo el efecto del rayo, que lo fue el de la *tristeza* sobre el corazón de Miseno. Hállase improvisamente turbado, y con el entendimiento oscurecido no puede descubrir la luz de la razón, ni el norte de su verdadero fin. El cielo se le confunde con la tierra, la filosofía con las pasiones, el bien con el mal, la virtud se le equivoca con el vicio, ni sabe lo que desea, ni de lo que huya.

22 Por la costumbre quería llamar en su socorro á la verdadera y celestial *filosofía*; pero una falsa *razón* le engaña. Su discurso era furioso, oscuro y turbulento. Desconociáse Miseno, pues veía que no era esta la voz suave de la filosofía á que estaba acostumbrado, porque hasta entonces la paz y la tranquilidad le abrían las puertas á su entendimiento, y este poco á poco se desenvolvía las tinieblas mas espesas, para conocer dónde comenzaba el vicio, y dónde terminaba el medio razonable de la virtud: hasta entonces distinguía estas cosas con tal evidencia, que jamás las equivocaba: mas ahora todo lo extraña, y en esto mismo advierte su peligro.

LIBRO XI.

La tristeza acomete á Miseno de repente.—Recurre al cielo, y es llevado á la region de los planetas.—El templo de las pasiones.—Se avergüenza de ver los sacrificios que se hacen, y las abomina.—Se ofrece de repente en el país de la razón.—Ve en él al príncipe Filoteo.—Muda de país.—Sepa que en este país no hay pasiones.—Miseno lo admira; y para que sepa que las hay, bien que allí son gobernadas por la razón y ley eterna, le enseña en un carro tirado de leones lo conduce á la cueva de Ubaldina, para que esta señora le enseñe tan importante materia: en efecto, llegan á su cueva, donde le hallaron trabajando cestillos de palma con su criada.—Preséntalo el Príncipe á Miseno, núm. 26.—Este se ofrece á ser su discípulo.—Lo admite Ubaldina.—Instrúyelo en que las pasiones no se han de destruir, sino perfeccionar.—Dale lecciones de amar á Dios.—Se despiden.—Miseno se vuelve á su cabana pensativo.

1 Puesto Miseno en este conflicto sintiéndose una violencia moral, levanta los ojos y las manos al cielo para invocar al Ser supremo, revístese de grande ánimo, y le dice de esta manera: Razón eterna, que os comunicais á todo entendimiento que de Vos dimana, si os busca con voluntad sincera, no os escondais ahora para que yo pueda seguirlos. El brazo de la criatura es muy flaco, si vuestra mano poderosa no le asiste: yo siento en mí una fuerza extraña que me impele, que me ofusca, que cuási me derriba; pero Vos que me ilustrásteis cuando yo no os llamaba, no podeis desampararme cuando os busco en mis aprietos.

2 Apenas dijo esto, cae en tierra desfallecido, por cuanto no pudiendo ya el corazón resistir al empuje que le hacia la violencia de este esfuerzo, queda por un espacio de tiempo como muerto, y poco